

4.º domingo ordinario B

*Concédenos amarte con todo el corazón
y que nuestro amor se extienda también
a todos los hombres. (Oración colecta)*



Primera lectura

Deuteronomio 18,15-20

Habló Moisés al pueblo diciendo: El Señor, tu Dios, te suscitará un profeta como yo, de entre tus hermanos. A él le escucharéis. Es lo que pediste al Señor, tu Dios, en el Horeb, el día de la asamblea: "No quiero volver a escuchar la voz del Señor, mi Dios, ni quiero ver más ese terrible incendio; no quiero morir".

El Señor me respondió: "Tienen razón; suscitaré un profeta de entre sus hermanos, como tú. Pondré mis palabras en su boca y les dirá lo que yo le mande. A quien no escuche las palabras que pronuncie en mi nombre, yo le pediré cuentas. Y el profeta que tenga la arrogancia de decir en mi nombre lo que yo no le haya mandado, o hable en nombre de dioses extranjeros, es reo de muerte".

Segunda lectura

1 Corintios 7,32-35

Hermanos y hermanas: Quiero que os ahorréis preocupaciones: el célibe se preocupa de los asuntos del Señor, buscando contentar al Señor; en cambio, el casado se preocupa de los asuntos del mundo, buscando contentar a su mujer, y anda dividido. Lo mismo, la mujer sin marido y la soltera se preocupan de los asuntos del Señor, consagrándose a ellos en cuerpo y alma; en cambio, la casada se preocupa de los asuntos del mundo, buscando contentar a su marido.

Os digo todo esto para vuestro bien, no para poner os una trampa, sino para induciros a una cosa noble y al trato con el Señor sin preocupaciones.

Llegó Jesús a Cafarnaúm, y cuando el sábado siguiente fue a la sinagoga a enseñar, se quedaron asombrados de su enseñanza, porque no enseñaba como los letrados sino con autoridad. Estaba precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar: – ¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios.

Jesús lo increpó: – Cállate y sal de él.

El espíritu inmundo lo retorció y, dando un grito muy fuerte, salió. Todos se preguntaron estupefactos: – ¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta a los espíritus inmundos les manda y le obedecen.

Su fama se extendió en seguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea.

Meditación

La gente distinguía perfectamente a Jesús de los escribas. Estos no hacían más que interpretar la doctrina de los profetas anteriores. Jesús, por el contrario, se presenta como auténtico profeta, investido de un poder que le viene de Dios.

Aquí también es donde nos encontramos por primera vez frente al caso de un "endemoniado". Las enfermedades mentales, sobre todo la epilepsia, suscitan en el primitivo un horror más fuerte que cualquier otra enfermedad: el comportamiento del enfermo mental y del epiléptico da a entender que en él ha entrado otra persona, o sea que está "poseído". El autor de esta "posesión" es considerado como un espíritu del mal. Y así el horror aumenta, creando un comportamiento de defensa y de hostilidad que lleva a ver en el enfermo un ser execrable que hay que "alejar" con golpes y torturas de toda clase.

El núcleo fundamental del relato evangélico no es la existencia o la inexistencia de los espíritus malignos, sino el comportamiento de Jesús frente a ese hecho.

En los evangelios sinópticos y en los Hechos de los Apóstoles los demonios son arrojados con el poder de Dios y no con métodos mágicos, o sea con un exorcismo dirigido a un espíritu o con el recurso a medios materiales.

Jesús posee el poder del reino de Dios; éste lleva consigo no sólo el anuncio de una liberación futura, sino que impulsa al evangelizador a realizar, desde el principio, obras liberadoras a favor del hombre. El venía a liberar al hombre del pecado; pero también el mal físico, la enfermedad, pertenece a la esfera del pecado, o sea de las cosas no queridas por Dios. Dios quiere el bienestar total del hombre. ¿Cómo podría, pues, un evangelizador contentarse con el solo anuncio del reino de Dios, sin "realizar" obras de liberación del hombre?

El contenido "religioso" de todo esto es la necesidad de luchar, en nombre del Evangelio, contra todo aquello que oprime, que "posee" al hombre.